

la acusación en su contra; mas se le hizo observar que era preferible dejar el dinero á los hijos y las viudas de los que habían muerto defendiendo la causa del Imperio, y para pagar las deudas que había contraído.

Con motivo de que la ejecución debió haberse verificado el domingo, los defensores residentes en Querétaro dijeron á los de San Luis, que los tres acusados ya se habían confesado y comulgado cuando llegó la orden de suspender la ejecución; pero que en esos trances ya habían muerto moralmente, puesto que iban á marchar al cadalso y que sería horroroso inflingirles una nueva muerte el miércoles, después de lo que acababan de sufrir.

Lo que más admiraba á los defensores del Archiduque, era el silencio de los gobiernos de Europa; preguntábase si el cable submarino se habría roto; á cada momento esperaban que los esfuerzos de las Cortes europeas llegarían á unirse á los de la defensa; pero la Europa y los Estados Unidos permanecían mudos; ni un mensaje, ni una comunicación llegaban; todo aparecía sombrío y pavoroso á la manera que se presenta cuando el infausto destino está próximo á cumplirse.

El Barón Magnus salió para Querétaro á la media noche, con una recomendación especial para el General Escobedo, que había considerado conveniente alejar de esa ciudad á los ministros de Austria, de Bélgica é Italia. En el camino se cruzó con los defensores de Miramón y Mejía que iban á San Luis para solicitar el perdón de sus clientes, llevando una petición firmada por las señoras de Querétaro, á las cuales se unieron muchas de San Luis. El licenciado Próspero Vega, defensor de Mejía, que conservaba aún la esperanza de salvar á este reo, corría á buscar la protección del ministro Iglesias; pero todo fué inútil, no obstante que ni por un momento cesaron los defensores de empeñarse para alcanzar la clemencia del gobierno.

Terminados los esfuerzos de los defensores de Maximiliano situados en San Luis, dejaron esta ciudad el día 19 (Junio) á las seis de la mañana, en los momentos en que los sentenciados espiraban en el cerro de las Campanas.

El Barón Magnus regresó de San Luis á Querétaro el día 18 y cerca del medio día visitaba á Maximiliano, con quien por la noche permaneció largo rato al repetir la visita. Con acuerdo de Maximiliano formó el doctor Basch una lista de las personas á quienes él deseaba dejar algún recuerdo.

El aplazamiento de la ejecución, solicitado por los defensores que estaban en San Luis Potosí, había llegado á conocimiento de los reos cuando ya éstos habían sufrido todas las torturas de una lenta agonía y las angustias de esperar una muerte próxima; en tales circunstancias, aquella suspensión pareció más bien un nuevo castigo que un último favor, porque se reducía á prolongar el suplicio por más de sesenta horas.

Maximiliano empleó este tiempo en escribir á todos los Soberanos, á los parientes y amigos y á aquellos de sus servidores que le habían mostrado mayor

afecto, y en arreglar su testamento. (1) Envió un despacho telegráfico á D. Benito Juárez en solicitud de la vida de sus generales y entregando la suya para satisfacer al partido republicano, cuya petición no obtuvo respuesta pronta; pero á las cuatro de la tarde de ese mismo día 18, supo Maximiliano que era rehusado el perdón de sus compañeros.

Escribió cuatro cartas dando las gracias á cada uno de los defensores y aunque en el fondo decía en ellas lo mismo, era gradual la gratitud manifestada, decreciendo de Riva Palacio á Ortega, Martínez de la Torre y Vázquez. En otra carta dió el eterno adiós al capitán Pierron, uno de los últimos jefes de su gabinete. Después del día tan tormentoso se acuesta en su catre á las ocho, esperando olvidar sus penas entregado al sueño bienhechor; una hora después se le dice que el General Escobedo enviaba á informarle que sus deseos sobre embalsamamiento del cadáver serían cumplidos; lee el reo durante una hora la vida de Jesucristo que le proporcionó, á petición suya, el Padre Soria; á las diez apaga la bugía y se duerme, buscando tregua entre las angustias pasadas y las que le faltaban que sufrir. Una hora después se le despierta de parte del General Escobedo que se presentó á despedirse; enciende Maximiliano de nuevo la bugía, entra Escobedo y quedan solos algunos minutos; al salir el general republicano penetra á la cámara el doctor Basch.

—Vino, le dijo Maximiliano, á despedirse de mí. ¡Esto es mucho; dormía yo tan bien! Vuelve á quedar solo, apaga de nuevo la bugía, transcurre una hora y se percibe, por la igualdad de su respiración, que nuevamente se ha dormido. A las tres y media de la madrugada despierta; la luz del alba comienza á iluminar los calabozos; Basch hace que se levanten los criados; á las cuatro llega el confesor cual mensajero de la hora fatal, y á las cinco los tres sentenciados oyen misa; tres cuartos de hora después se desayunan; Maximiliano toma un pollo, vino y café; percíbense ya los toques de las cornetas y los tambores de las tropas destinadas á formar el cuadro para la ejecución.

El Archiduque firmó una carta dirigida á D. Benito Juárez, casi á la hora de ir al suplicio, sin que ni por un instante le intimidara la idea de la muerte. El

(1) Se ha publicado la siguiente carta atribuida á Maximiliano:

Mi adorada Carlota:

Si Dios permite que vuestra salud se restablezca, y llegais á leer estas cortas líneas, comprendéis la crueldad con que el destino me ha azotado desde vuestra partida para Europa. Os habéis llevado con vos no sólo mi corazón sino mi buena fortuna; ¿por qué no escuché vuestros consejos? ¡Cuántos acontecimientos desgraciados! Son tantos ¡ay! los súbitos golpes que han derribado todas mis esperanzas, que la muerte es para mí una feliz liberación y no una terrible agonía. Moriré gloriosamente como soldado, como monarca, vencido pero no deshonrado. Si vuestros sufrimientos son muy grandes y Dios se sirve llamaros á su seno para juntaros conmigo, bendeciré su mano divina que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. ¡Adiós! ¡adiós! Vuestro infeliz

MAXIMILIANO.

día anterior se le había dicho que la Princesa Carlota había fallecido, y esta noticia le hizo llorar, á la vez que daba gracias á Dios por haberle concedido así una nueva energía para afrontar la muerte. (1)

El ministro francés Mr. Danó, que fué otro de los ministros extranjeros que no se presentaron en Querétaro, procedió de esa manera, según despacho del Barón Lago, porque temía un atropello para la Legación, y envió en su lugar cerca del Emperador prisionero á Mr. Forest, ex-consul en Mazatlán. También afirma el Barón de Lago en despacho dirigido á su gobierno el 25 de Julio, que Mr. Danó, ministro francés, había hecho por su parte todo lo posible para salvar la vida del Emperador.

Levantado Maximiliano en el tan impacientemente esperado día 19 de Junio á las tres y media de la mañana, se vistió con esmero, poniéndose saco azul, pantalón y chaleco negros y un pequeño sombrero de fieltro. A las cuatro se presentó el Padre Soria de quien Maximiliano había recibido ya los sacramentos y á las cinco celebró la misa en el altar que para el efecto fué levantado en el nicho que estaba frente al cuarto del preso. Hizo Maximiliano al Doctor Basch algunos encargos, le dió recuerdos para los amigos y á los tres cuartos para las seis almorzó.

A esta hora, el sepulcral silencio de la prisión de Capuchinas fué interrumpido por el ruido que produjo la caballería que llegada al trote, encargada de escoltar á los sentenciados.

Al sonar las seis se presentó en la prisión el oficial que debía comunicar á los reos que la hora fatal había llegado y conducirlos al patíbulo; antes de que este oficial hubiera hablado le dijo Maximiliano, caminando hacia la puerta:

—Estoy listo.

Salió de la celda entre algunos de sus criados que llorando le besaban las manos.

(1) Además de las cartas que Maximiliano dejó escritas para sus cuatro defensores, hubo una para el Sr. Juárez, concebida en estos términos:

Al Sr. Benito Juárez.

Próximo á morir por haber queri lo intentar si, por nuevas instituciones políticas, podría poner término á la sangrienta guerra civil que por tantos años ha arruinado á este infortunado país, haré con satisfacción el sacrificio de mi vida, si este sacrificio pudiera contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva Patria.

Intimamente convencido de que nada sólido puede fundarse en un suelo regado con sangre y agitado con violentos sacudimientos, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad que me inspiran los últimos momentos que me quedan de vida, á que no hagais correr más sangre que la mía. Os conjuro también á emplear esa perseverancia que he sabido reconocer y alabar en medio de mi prosperidad, y con la cual habeis defendido una causa que triunfa hoy, á la noble tarea de reconciliar los espíritus, á fin de poder fundar de una manera estable y duradera la paz y la tranquilidad en este desventurado país.

MAXIMILIANO.



General Francisco A. Vélaz.

El general Vélaz fué uno de los jefes que penetraron á Querétaro la madrugada del 15 de Mayo con los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, y sin ruido se apoderaron de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de los almacenes del parque y de las obras que por aquel lado había; y desarmaron y pusieron presos á los grupos de imperialistas que sorprendían, impidiéndoles toda resistencia. Al mando del general Vélaz fueron las tres columnas de ataque formadas con aquellos batallones; conducidas sobre la fecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por obstáculos formados con espines y ramas que hacían muy difícil el paso Vélaz fué comisionado por el general Escobedo, para que en unión del comandante de ingenieros Braulio Franco y del teniente coronel Agustín Lozano, vigilaran de cerca á López, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantarán á López la tapa de los sesos.